

Mensaje para el Primero de Mayo



Carta a los Hermanos IMC

UN TESORO PARA TODO EL INSTITUTO

«Habéis hecho bien al inaugurar esta fiesta de San José como la especial de los coadjutores. No hay ejemplo mejor que el de San José. Él es nuestro maestro... Esto os debe enseñar a amar el trabajo, a hacer bien vuestro trabajo, a corresponder a vuestra vocación... Debéis pensar que sois misioneros y debéis tener el santo orgullo de pertenecer a la clase de San José»

(J. Allamano, *Conf. III*, 563)

«Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante».

(Papa Francisco, *Gaudete et exsultate*, 138)

Queridísimos “Hermanos misioneros”,

Con ocasión de este Primero de Mayo, en el que recordamos la hermosa y querida figura de San José, vuestro especial Patrono, mi pensamiento vuela hacia cada uno de vosotros y desea estar cargado del afecto particular con el que nuestro Fundador os miraba, considerándoos «sus benjamines»; una mirada de admiración por vuestra vocación de consagrados misioneros y de profunda gratitud por la ejemplaridad de vuestro estilo de trabajo. Él os consideraba “indispensables en las misiones”, como verdaderos apóstoles y verdaderos misioneros, superando incluso a los mismos



sacerdotes: «Habéis recibido la vocación misionera, sacerdote o coadjutor... Si no puedo ser sacerdote, seré coadjutor, pero siempre misionero. Hasta un solo coadjutor misionero en el paraíso estará por encima de los demás sacerdotes». Por consiguiente, «ay si uno solo dijera: ‘¡Oh, solo eres un coadjutor!’». Por eso, la historia de nuestro Instituto se ha desplegado en el tiempo con una forma de trabajo a la vez sabio y fraterno, no solo de los misioneros sacerdotes, sino también de los “Hermanos” que, aun habiendo sido siempre de número limitado, han dado a nuestra Familia misionera la fisonomía que la caracteriza en la Iglesia y entre los pueblos a los que anunciamos el Evangelio. Es por ello inimaginable pensar en nuestro Instituto, en los Misioneros de la Consolata, sin los Hermanos.

El Capítulo que celebramos hace poco más de un año y al que estamos tratando de hacer operativo en los encuentros continentales, nos lo sigue recordando con claridad: «Desde su fundación, nuestro Instituto está constituido por presbíteros y hermanos, religiosos misioneros que viven y trabajan unidos. En espíritu de revitalización y reestructuración y en respeto a nuestra historia, el XIII Capítulo General subraya la validez de todo lo afirmado sobre la vocación del Hermano en los dos Capítulos precedentes... Valórese la presencia de los Hermanos en nuestras misiones y su testimonio **como un tesoro para todo el Instituto**. A respecto, animamos a los Hermanos a vivir la vida religiosa con amor y alegría» (nn. 20.22).

Un tesoro para todo el Instituto... Me han impresionado mucho estas palabras dichas en relación con los Hermanos. Por consiguiente, su presencia, identidad y trabajo no son una realidad opinable, una moda pasajera, una opción más o menos conveniente, sino que constituyen nuestro “modo perenne” de ser Misioneros de la Consolata, hijos de Allamano, portadores de consolación a los pobres y a los afligidos de este mundo nuestro. Por eso vosotros, Hermanos, sois en el Instituto los testimonios, la memoria viviente del valor de la consagración religiosa y de una vida dedicada sin medida, definitiva y totalmente, a Dios y a la Misión. Y nos lo recordáis, a pesar de que se hable quizá poco de vosotros o aunque nuestro lenguaje sea todavía demasiado “clerical” (cfr. Actas del Capítulo, n. 22), o de que el número de los que eligen ser misioneros-hermanos disminuya cada vez más.

Un tesoro para todo el Instituto... Porque el Fundador y la historia de los primeros Hermanos muestran, sin sombra de duda, que su plena realización tiene su secreto en la santidad de vida y en el servicio generoso (a menudo heroico) a la Misión, en todas partes y siempre: al comienzo del trabajo misionero, cuando todavía se está llenos de entusiasmo y generosidad, pero también cuando la vida se vuelve dura, la misión exigente, los roles menos claros y las fuerzas decaen..., en la fidelidad cotidiana y en el ejemplo de una vida enteramente dedicada al Señor y a los demás.



Es este el precioso testimonio dado por muchos hermanos nuestros, que siguen siendo ejemplos luminosos de la historia IMC. Aludimos a los más conocidos: Michele Mauro, que pasa casi todos sus cincuenta años de misión en un taller de carpintería, “convirtiendo con el ejemplo”; a Ernesto Pagliarino, que hizo de su garage “un campo de apostolado”; a Guerrino Simion, Luigi Rubinetto, Guido Grosso y muchos otros, extraordinariamente amados por los africanos, que educaron al cristianismo con los pequeños gestos cotidianos y su ilimitada generosidad; y al hermano Marino De Cesari, que en el lecho de muerte, en medio de la sangre que brotaba de una hemorragia irrestañable, susurraba: «Esta sangre que no pude derramar por el Señor, se la doy así, ahora, de esta manera»...

Pero sin ir muy lejos en el tiempo, muy recientemente, dos Hermanos nuestros han terminado su aventura misionera, dejando detrás de ellos “el perfume del amor de Dios”: el hermano Aldo Allemandi (fallecido el 3 de marzo) y el hermano Paolo Ferrari (19 de marzo). Les hemos conocido, hemos experimentado su alegría por ser misioneros en silencio laborioso, sin muchas palabras, hasta el final. Del hermano Paolo (con quien viví preciosos años en Zaire-Congo) deseo recordar lo que escribía el Superior General con ocasión del 25º aniversario de su profesión religiosa: «Personalmente no sé qué más podría desear, por más que en algún momento de pequeña dificultad lo he sufrido también yo. Pero no cabe compararlo con la alegría y las satisfacciones que siento, y esto me alarma un poco». Efectivamente, lo que le preocupaba no era la situación, las dificultades del trabajo, sino «la capacidad de vivir día tras día, más generosamente cada vez mi ‘consagración’ a la causa del Reino que, en fidelidad al espíritu, por medio de Allamano, he querido que caracterice a nuestra Familia Consolatina».

Un tesoro para todo el Instituto... No es solamente el apelativo con el que le llamamos para recordárnoslo, sino porque «considerando el testimonio dejado por muchos de nuestros Hermanos, se constata que en las comunidades y aún más en la vida laboriosa, dura a menudo, de las misiones, son ellos los que mantienen alto el sentido de comunión. El estilo sencillo y concreto, y la “felicidad de ser según el buen sentido”, los hacen capaces de desdramatizar problemas y situaciones, de simplificar las cuestiones y las discusiones. Lo saben hacer con frecuencia con una agudeza y un optimismo que desprenden serenidad y paz» (P. G. Inverardi).

Quizá por su número no muy consistente, o por el estilo de su vida misionera, en nuestros Hermanos se realiza lo que el papa Francisco nos sugiere en su reciente Exhortación apostólica sobre la santidad:

«Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a



través de los miembros más humildes de ese pueblo que participa también del oficio profético de Cristo, difundiendo por todas partes el vivo testimonio de Él, especialmente por medio de una vida de fe y caridad...

Recordemos cómo invitaba Jesús a sus discípulos a estar atentos a los detalles: el pequeño detalle de que se estaba agotando el vino en una fiesta; el pequeño detalle de que faltaba una oveja; el pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas..., el pequeño detalle de tener un un pequeño fuego preparado y pescado en la parrilla mientras esperaba a sus discípulos al amanecer...

La comunidad que cuida los pequeños detalles del amor, donde los miembros cuidan los unos a los otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre.

A veces, por un don del amor del Señor, en medio de estos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios» (*Gaudete et exsultate*, 8. 144-145).

Queridos Hermanos misioneros, me agrada concluir con estas palabras del papa Francisco mi “carta de felicitación” en el día de vuestra fiesta. Y aunque nos preocupe la disminución numérica de las vocaciones a hermano, o nos entristezca el miedo que puede surgir ante una vocación difícil como la vuestras y no siempre consigamos descubrir los caminos nuevos de la Misión que el Señor nos sugiere..., nuestra Familia misionera quiere ver en vosotros “los pequeños detalles”, “los humildes signos de santidad” que no dejan de existir, a través de los cuales “se nos regalan consoladoras experiencias de Dios”.

Creemos en esto con todo el corazón y por ello oramos.

Con mi saludo y mis felicitaciones más fraternas a todos y cada uno:
¡Ánimo y adelante in Domino!


p. Stefano Camerlengo
Superior General

